

POR UNA DIPLOMACIA PREVISIBLE

LUIS MIGUEL ÚBEDA

La nueva diplomacia rusa. Diez años de política exterior

Igor Ivanov

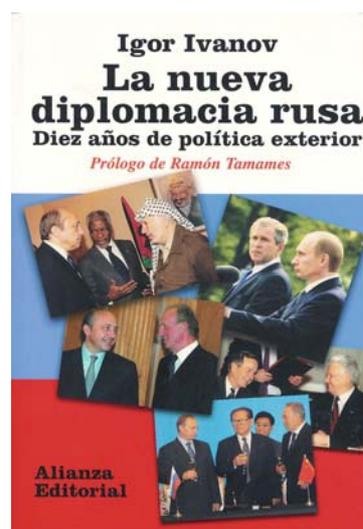
Prólogo de Ramón Tamames.

Traductor: Dmitri Polikarpov.

Alianza Editorial.

Madrid, 2002.

399 páginas.



No es muy común que un político en activo plasme en un libro los fundamentos de la diplomacia de su país, pero el ministro de Exteriores ruso, antiguo embajador en España (como representante de la extinta Unión Soviética y luego de Rusia), afronta el reto. Lo hace en un volumen y un anexo de 170 páginas con los documentos fundacionales de la política exterior del Kremlin, desde el concepto de la política exterior de la Federación Rusa, a las relaciones con la CEI, la OTAN, la Unión Europea o el Grupo de Shanghai.

Ivanov concibe su empresa no como unas memorias, sino como una obra científica y periodística. Tiene el autor un concepto más “científico” que “artístico” de la diplomacia, en el sentido de hacerla previsible y comprendida. Llega a hablar de la elaboración de la política exterior con una “fórmula matemática basada en la combinación de constantes y variables estrechamente correlacionadas”.

Aparte de los desafíos internacionales actuales que conciernen a sus intereses, ambiciones y expectativas, el libro afronta un interesante problema teórico, aún hablando de diplomacia. ¿Cuáles son los intereses permanentes de Rusia, el país más extenso del planeta, después de la cura de adelgazamiento que significó la extinción la URSS y después de haber renunciado, ideológica, política y militarmente, a la hegemonía mundial? Porque Igor Ivanov admite que la nueva diplomacia “no parte de cero”, sino que sintetiza las tradiciones la extinta Unión Soviética y la Rusia prerrevolucionaria (“no existen aliados

permanentes, solo intereses permanentes”), en el cambiante mundo posterior a 1991, cambiante en gran medida por los avatares de la desaparición de la URSS y el consecuente fin de la guerra fría.

Como Estado sucesor de la URSS (como la URSS lo fue de Rusia), el Kremlin renuncia a la “lucha de clases a escala internacional”, pero asume la herencia soviética referida a la creación de la ONU, la conferencia de Helsinki y el sistema de tratados bilaterales con EEUU sobre control de armamento y desarme, cuya lógica obedece más, según Ivanov, a los intereses del Estado ruso. También el sistema de acuerdos y la experiencia internacional acumulada en torno a la Segunda Guerra Mundial (Ivanov no la llama Gran Guerra Patria). Como antecesores que inspiran a Ivanov figurarían Andrei Gromiko, Alexandr Gorchakov, Afanasi Ordín-Naschokin, el Richelieu ruso, Andréi Ostermánn, Nikita Panin, Alexander Bezborodko, Mijaíl Muraviov, Pavel Miliukov o Fiódor Martens, quienes dirigieron o contribuyeron decisivamente a la diplomacia rusa ya desde los tiempos del Posolski Prikaz, antecedente del Ministerio de Exteriores ruso.

De esta heteróclita galería de personalidades, Ivanov va extrayendo de cada uno el perfil más reformador, cuyo aliento llega hasta hoy en día. Solo en estos términos cabe entender la cita Gorchakov en los tiempos de Alejandro II: “Nuestra actividad política debe perseguir un doble objetivo. En primer lugar, impedir que Rusia participe en cualquier tipo de conflicto externo que pueda distraer parte de sus recursos de las tareas de fomento interior. En segundo lugar, no escatimar esfuerzos para que se eviten en Europa semejantes cambios territoriales y en el equilibrio de fuerzas e influencias que pudieran perjudicar seriamente nuestros intereses y nuestra posición política (...) Cumpliendo ambas condiciones cabe esperar que Rusia (...) recupere su papel, posición, prestigio, influencia y un destino propio entre las grandes potencias.” No hay como la historia para saber lo que pasa.